

Las aventuras de Pasolento y Carrerín

Distintos, pero amigos



La tortuga Pasolento y el ratón Carrerín son buenos amigos. A pesar de las diferencias evidentes en su carácter y fisonomía, ¡les encanta estar juntos y pasarlo bien! Un día Carrerín se cree atacado por una abeja. ¿Serán capaces de entenderse y hacer nuevos amigos?

En *Distintos, pero amigos* los niños aprenden la importancia de entender y aceptar lo que los distingue de los demás, y que la verdadera amistad supera cualquier barrera.

Las aventuras de Pasolento y Carrerín es una colección de encantadores cuentos infantiles a todo color que imparten valores y enseñanzas formativas de manera entretenida. El texto es de Katuscia Giusti, educadora anglo-italiana, autora también de los *Cuentos del abuelito*; y los dibujos del aclamado artista estadounidense Hugo Westphal, que ha ilustrado asimismo los libros *Crecer con cuentos* y muchos otros. ¡No te pierdas los demás títulos de la colección!

Las aventuras de Pasolento y Carrerín: Distintos, pero amigos



ISBN 978-3-03730-508-9



A-SP-BC-TZ-001-P

 **aurora**
es.auroraproduction.com



Las aventuras de Pasolento y Carrerín

**Distintos,
pero amigos**

Autora: Katuscia Giusti

Traducción: Tomás de la Puente

Ilustraciones: Hugo Westphal

Título original: *The Adventures of Trudge and Zippy—Different Kinds of Friends*

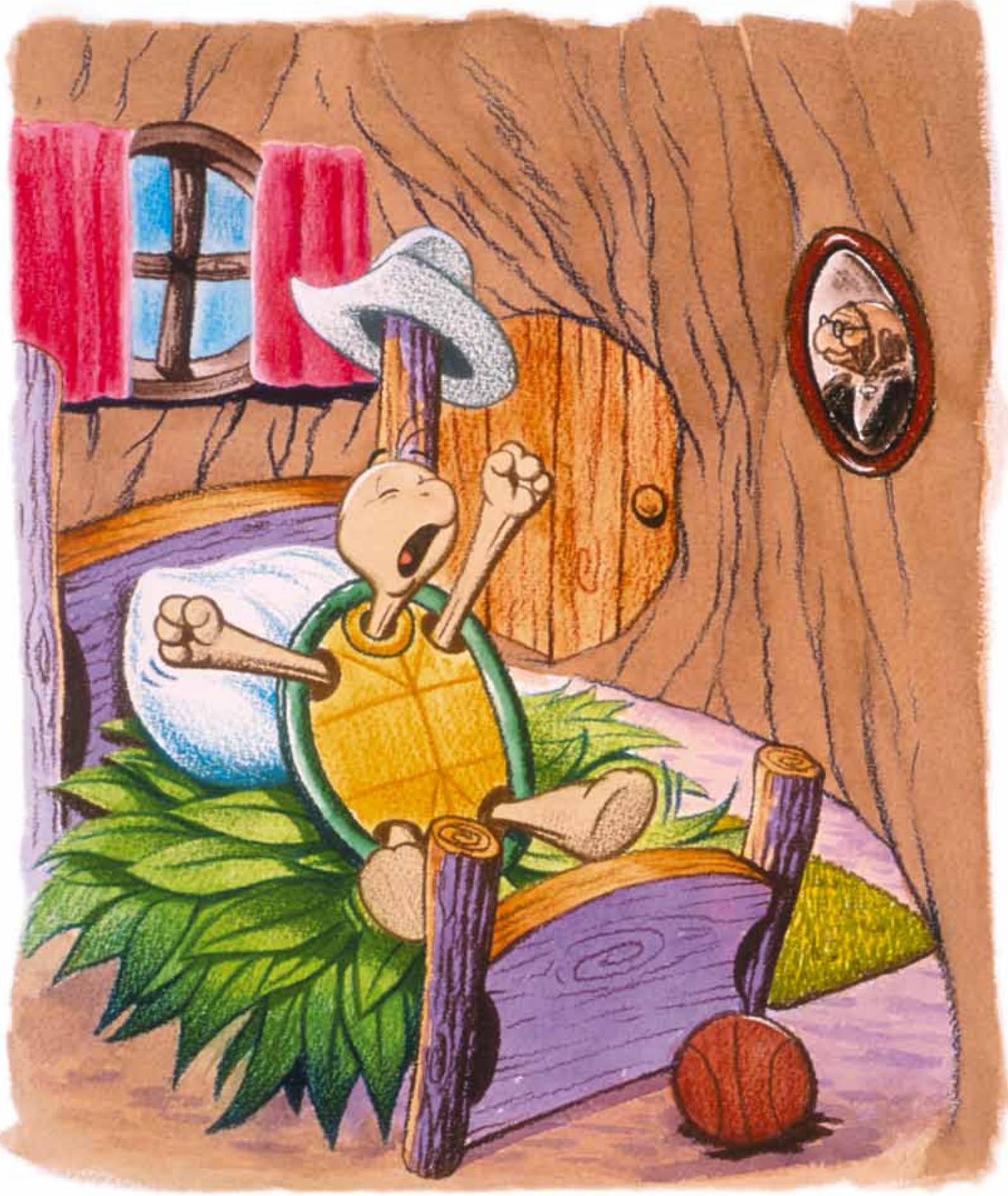
ISBN de la edición original: 978-3-03730-251-4

ISBN de la versión en castellano: 978-3-03730-508-9

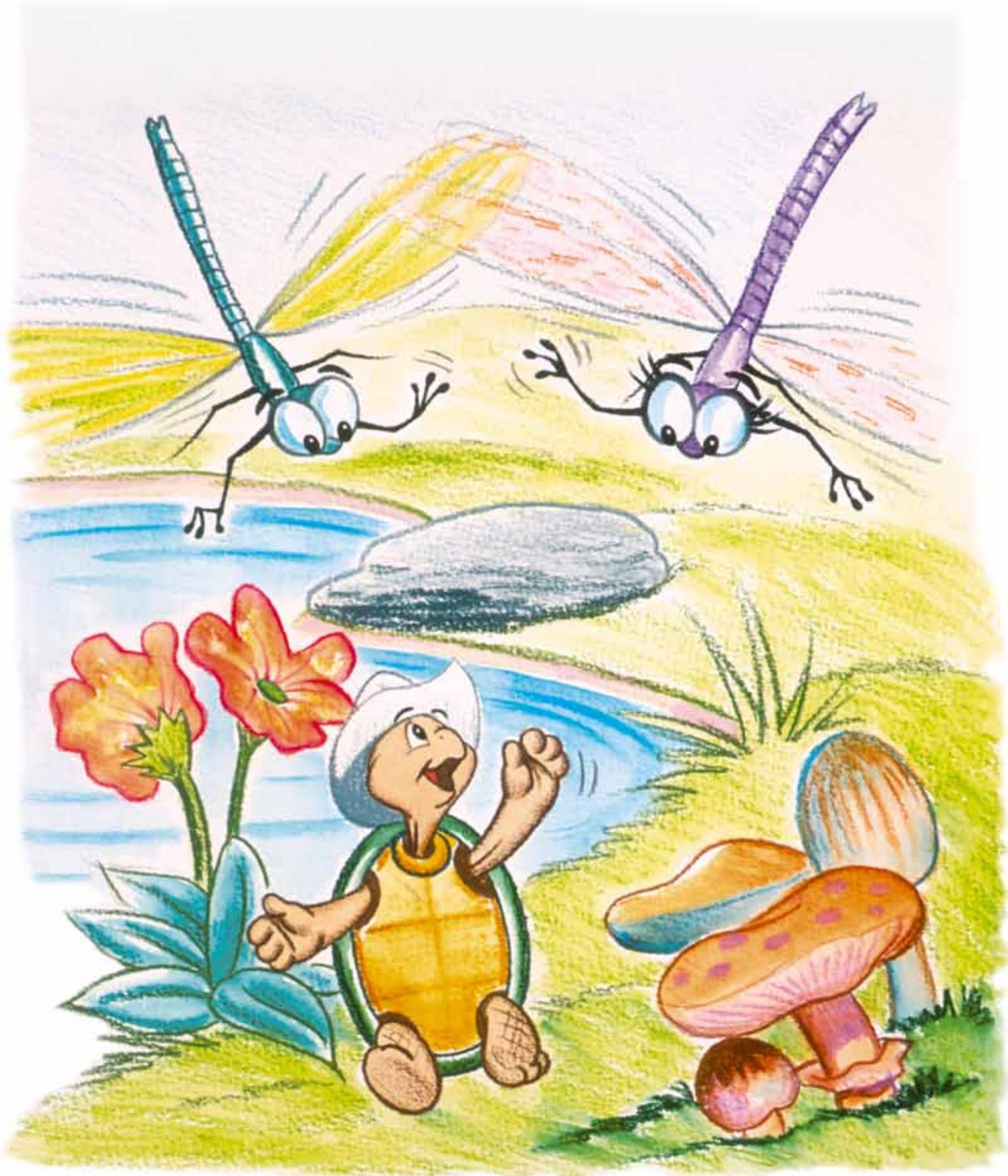
© Aurora Production AG, Suiza, 2003-2010

Derechos reservados. Impreso en Taiwán.

<http://es.auroraproduction.com>



Hacía un día espléndido. El cielo estaba pintado de azul, y una suave brisa mecía las hojas y la hierba. Pasolento se frotó los ojos y soltó un bostezo. Estiró todo lo que pudo el cuello y las patas, se levantó y se encaminó hacia la Laguna de las Totoras.



—¡Buenos días, Pasolento! —corearon dos libélulas que sobrevolaban la laguna.

—¡Buenos días, Revuelo! ¡Buenos días, Alitas! —respondió la tortuga saludando a los insectos con la mano.



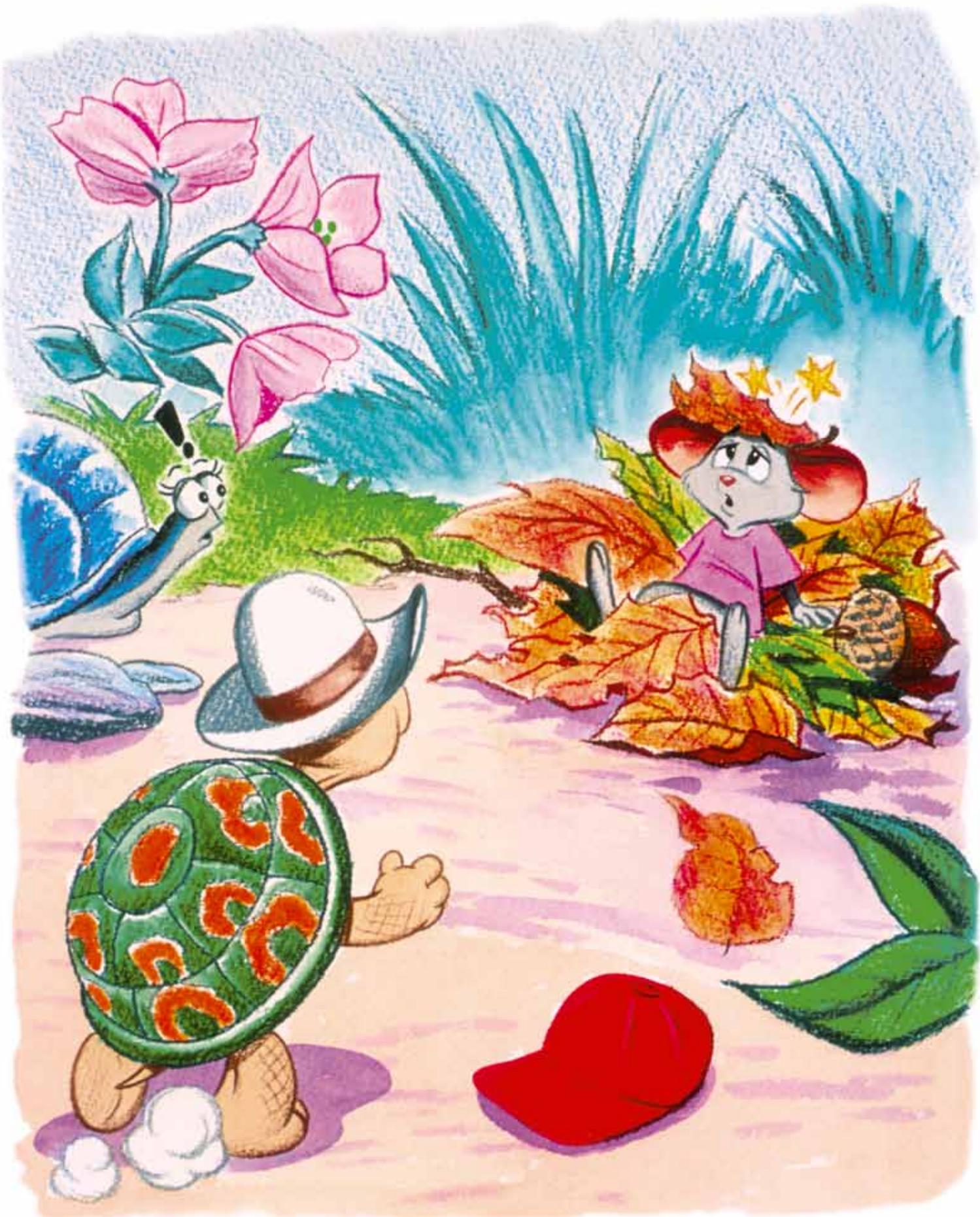
—Pasolento, ¿dónde estás?
Era la voz de Carrerín, su mejor amigo, que venía correteando hacia la orilla de la laguna.
—Aquí —contestó Pasolento.



Cuando Carrerín ya se estaba acercando a la laguna, de pronto se tropezó con una raíz.

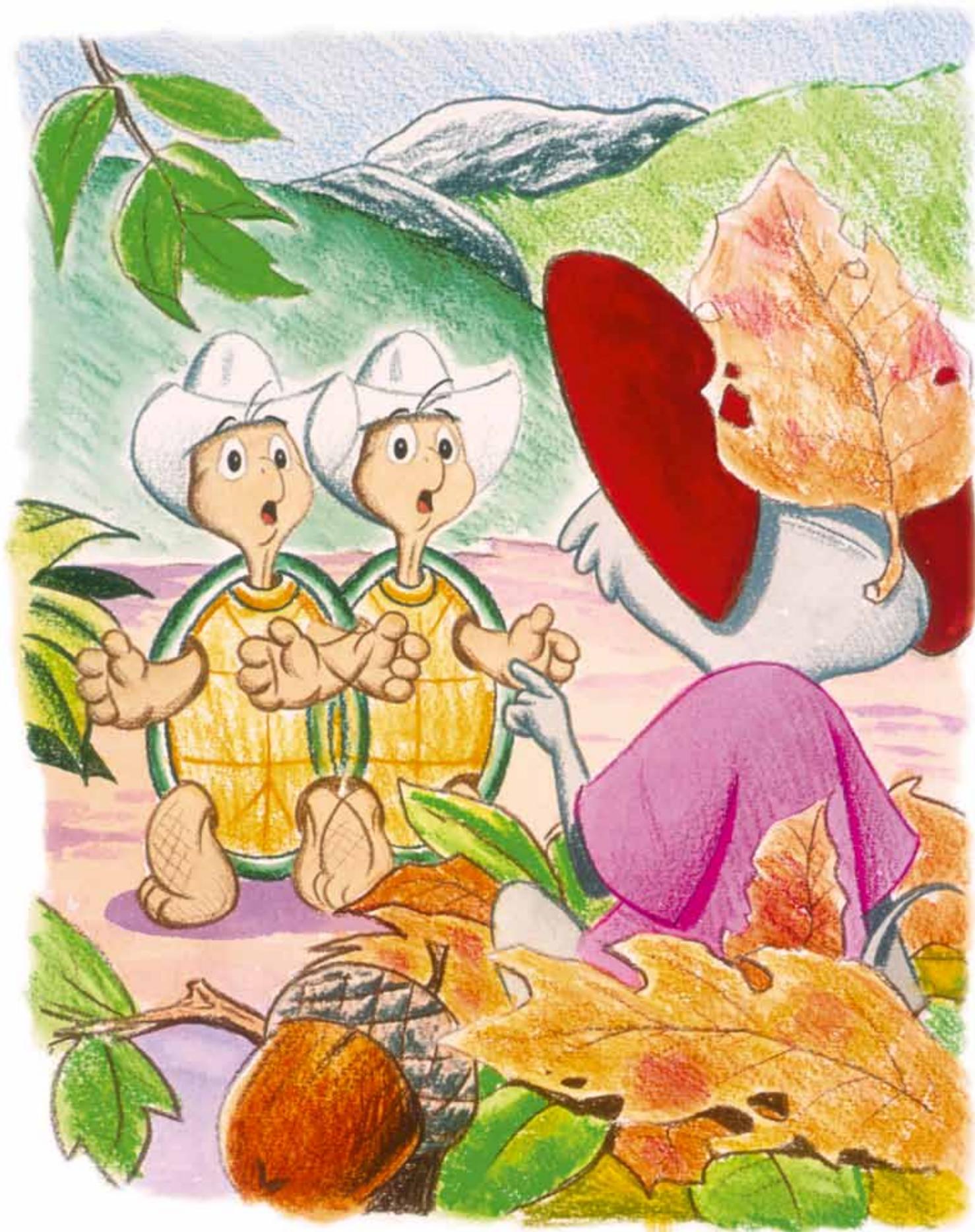


¡Pam! ¡Pum! ¡Paf! El pobre ratoncito rodó cuesta abajo.



Fue a parar sobre un montón de hojas y tierra.

«¡Menudo golpe!», pensó Pasolento mientras se apresuraba a rescatar a su amigo. Cuando llegó, Carrerín ya estaba medio incorporado, pero se le notaba un poco mareado.



Al ver a Pasolento le preguntó:

—¿Quién es tu amigo?

—¿Mi amigo? —preguntó Pasolento curioso—. ¡Tú!

—No, ese que está a tu lado, que es idéntico a ti.



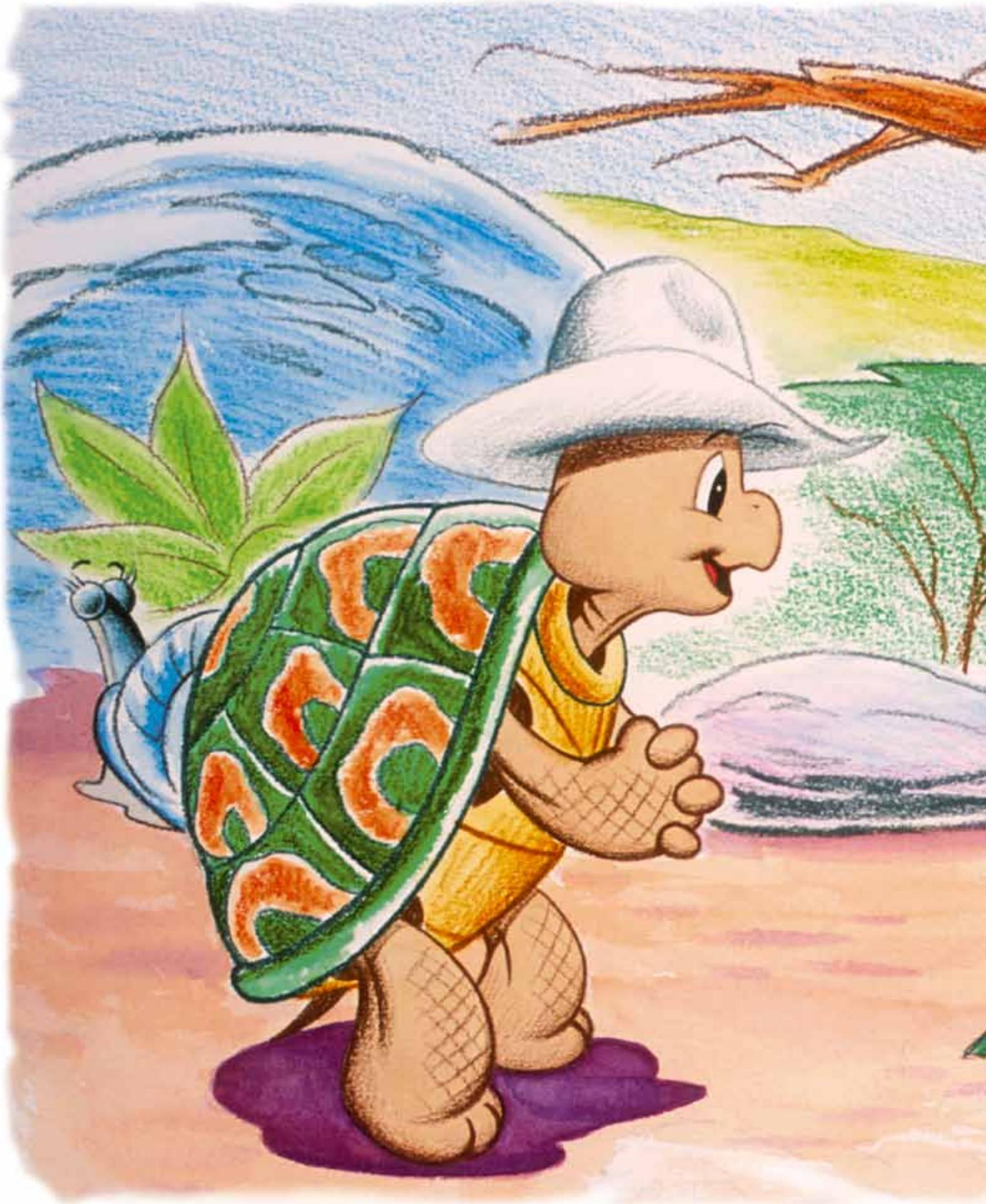
—No hay nadie más aquí —dijo Pasolento—. ¿Te encuentras bien, Carrerín?

—Ah, ahora solo veo una tortuga. Pero hace un momento veía dos. ¿Dónde se metió tu amigo?



—Parece que te diste un golpe fuerte en la cabeza cuando te caíste por la pendiente.

—Tal vez, pero creo que ya estoy bien —dijo Carrerín, escupiendo la hierba y la tierra que se le había metido en la boca.



Sin embargo, cuando intentó ponerse de pie perdió el equilibrio y ¡patapaf!, se dio otra vez de narices contra el suelo.

—¿Por qué no esperas un momento antes de levantarte? —le propuso Pasolento.



—De acuerdo.

—Oye, ¿me buscabas? —preguntó la tortuga.

—Mi mamá dice que te puedo invitar a desayunar. ¿Quieres venir?

—¡Me encantaría! —dijo Pasolento—. Pero le tengo que pedir permiso a mi abuelita Tuli.

Hogar, dulce hogar

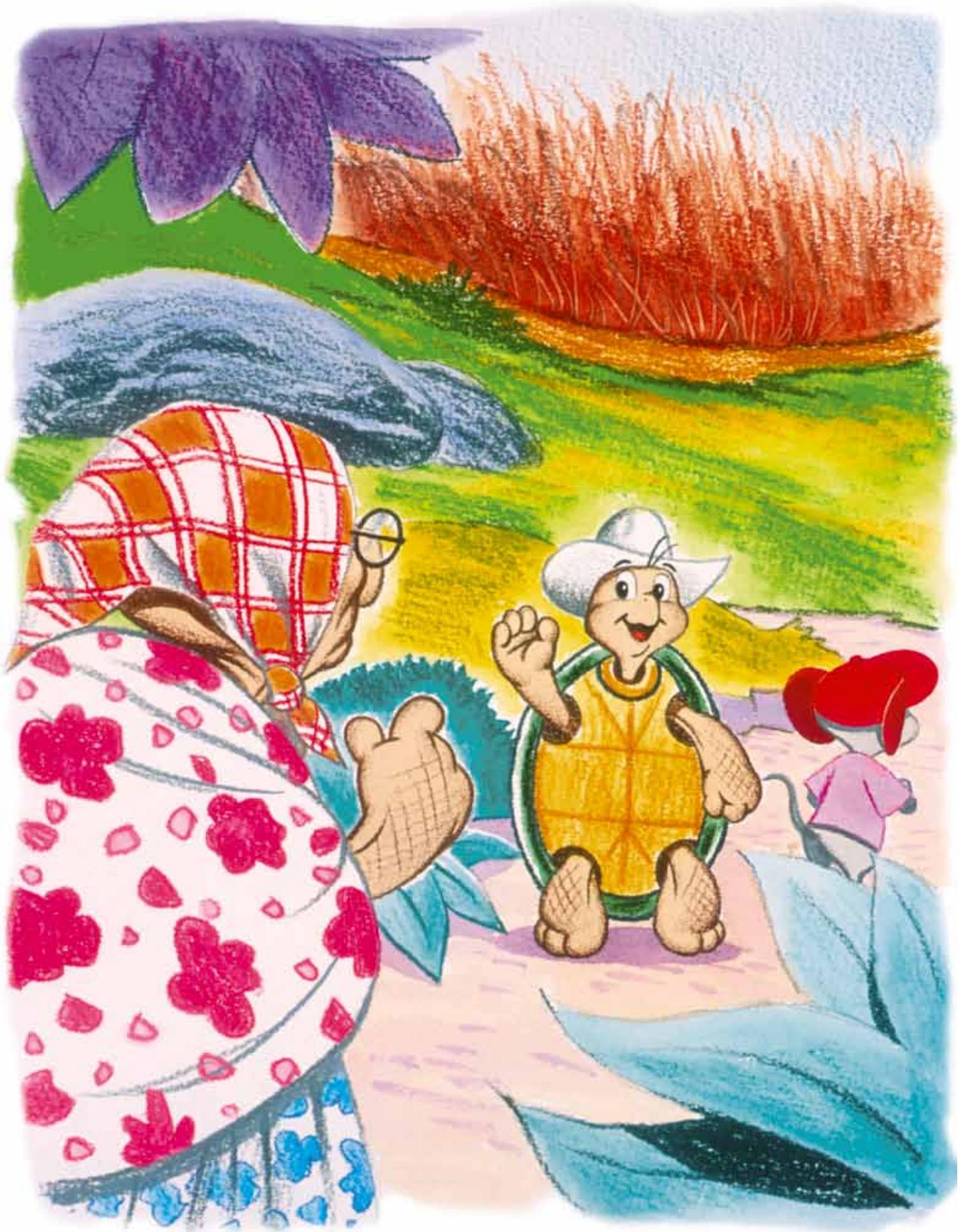


Desde muy pequeño, Pasolento había vivido con su abuela, una anciana muy amable y cariñosa. Él la quería un montón.



—Pues tenemos que darnos prisa —dijo Carrerín—. Si no, nos quedaremos sin comida.

—Pero no corramos demasiado —bromeó Pasolento—, o nos caeremos los dos por algún terraplén.
Ambos se rieron.



—Pasolento —le recordó su abuela cuando ya se iban—, no te olvides de darle las gracias a la mamá de Carrerín por invitarte.

—Sí, abuelita.



—¿Puedo montarme en tu caparazón? —preguntó Carrerín.

—Por supuesto. Súbete.

Carrerín se montó encima de Pasolento, tomó un manojo de madreselvas y se puso a cantar.



—Objetivo en la mira.

—¿Qué fue eso? —preguntó Carrerín.

—El ¿qué? —contestó Pasolento.

—Todos a sus puestos. ¡Prepárense para el descenso!



—Lo oí otra vez —dijo Carrerín mirando nervioso a su alrededor—. ¡Una abeja!

Carrerín tenía mucho miedo de las abejas. Con cara de susto, se pegó al caparazón de Pasolento.

Inesperadamente, ¡bzzzzz!, pasó una abeja zumbando a pocos centímetros de la nariz del ratoncito.

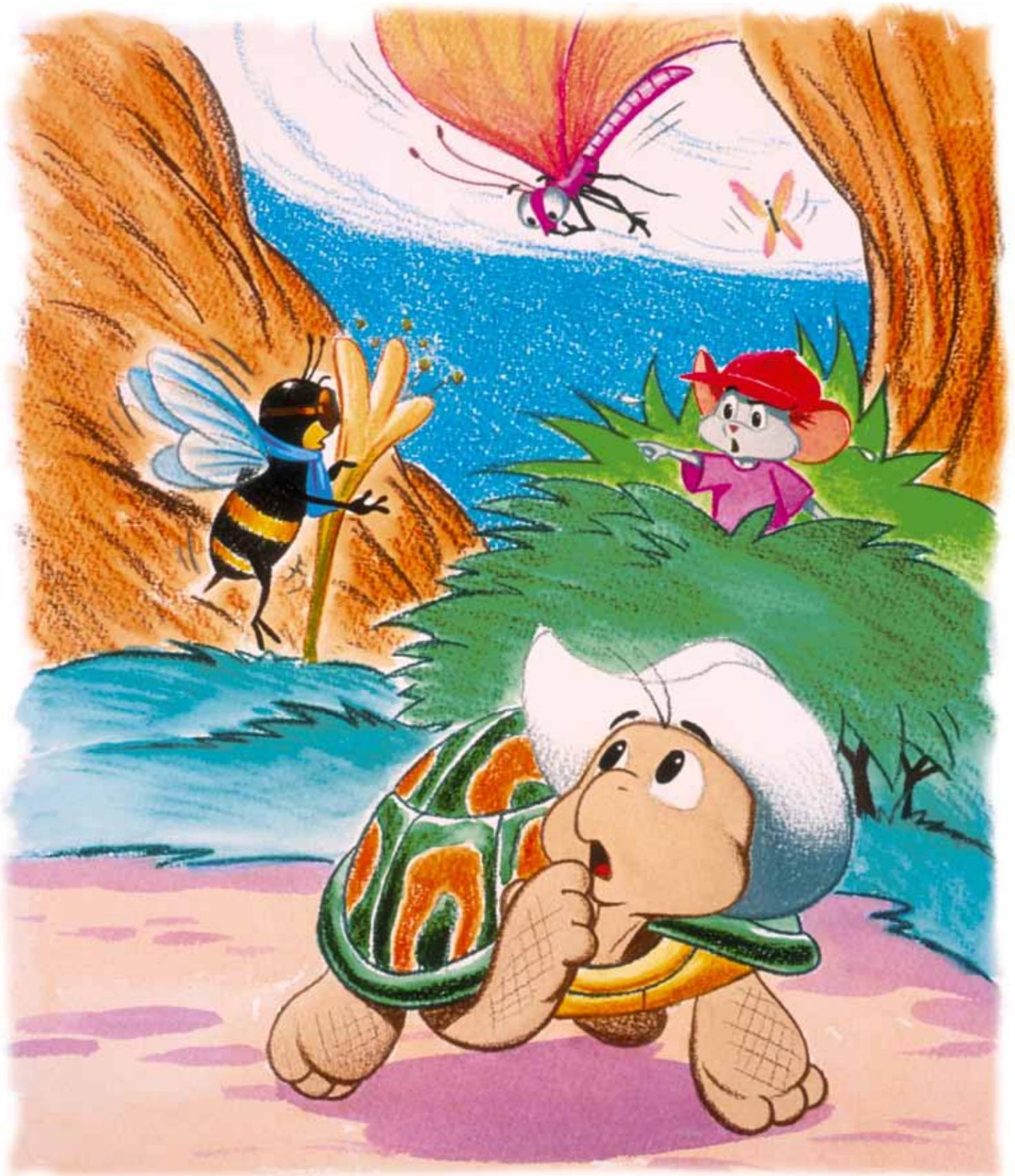


—¡Ay, ay, ay! —gritó Carrerín, a punto de caerse del caparazón.

—*Fallamos* —dijo la voz—. *Haremos una segunda incursión.*

La abeja descendió otra vez en picado y aterrizó directamente en una de las madreselvas que Carrerín llevaba en la mano.

El ratoncito pegó otro alarido y soltó las madreselvas.



—¡Corre, Pasolento! ¡Corre! —suplicó Carrerín—. ¡Es una abeja horrible!
—¿Yo, una abeja horrible? —replicó el insecto, ofendido—. ¿Por qué dices eso?

Para entonces el ratoncito se había bajado del caparazón y escondido detrás de una mata. Luego asomó la cabeza y protestó indignado:
—¡Porque trataste de picarme!



—¿Por qué crees que quiero picarte? —se defendió la abeja.

—P... porque —tartamudeó Carrerín—, ya me has atacado dos veces.

—¿Te he atacado? —se rió la abeja—. Mi objetivo eran las madreselvas —explicó—, ¡no tú!

Carrerín puso cara de no entender.



—¿Para qué quieres las madreselvas?

—Para hacer miel —respondió el insecto—. Las abejas hacemos miel con el néctar de las flores.

—Aahh —dijo el ratoncito, aunque todavía no se fiaba del todo de la abeja.



—Perdóname por haberte asustado —se disculpó la abeja—. Yo me llamo Aviadora. ¿Y tú?

—Yo Carrerín —respondió el ratón saliendo de detrás de la mata—. Y él es mi amigo Pasolento.

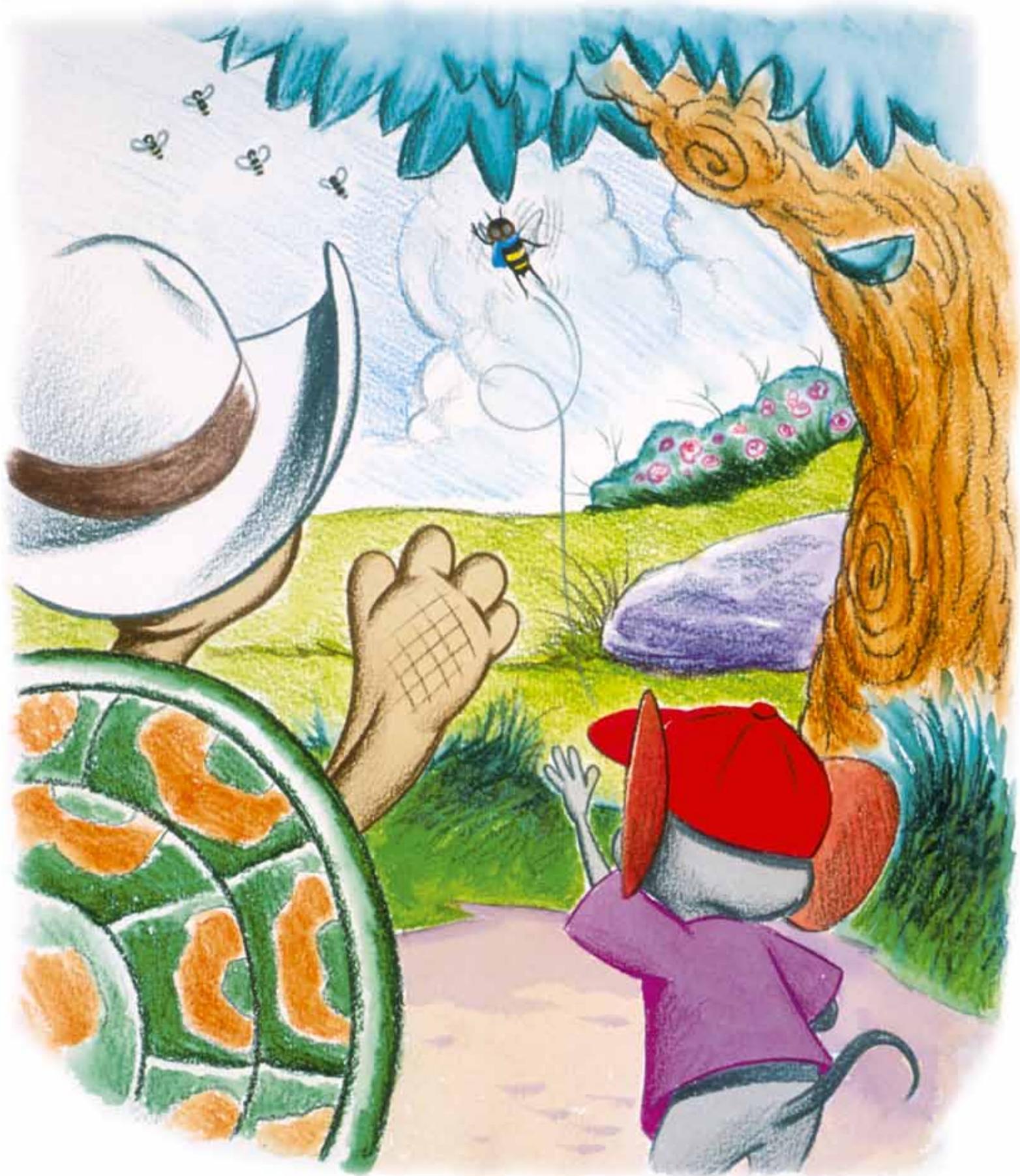
—Hola —dijo la tortuga.



—Yo también te pido perdón, Aviadora —dijo Carrerín—. No hubiera debido decir que eras horrible. Es que me asusté. En realidad eres muy simpática.

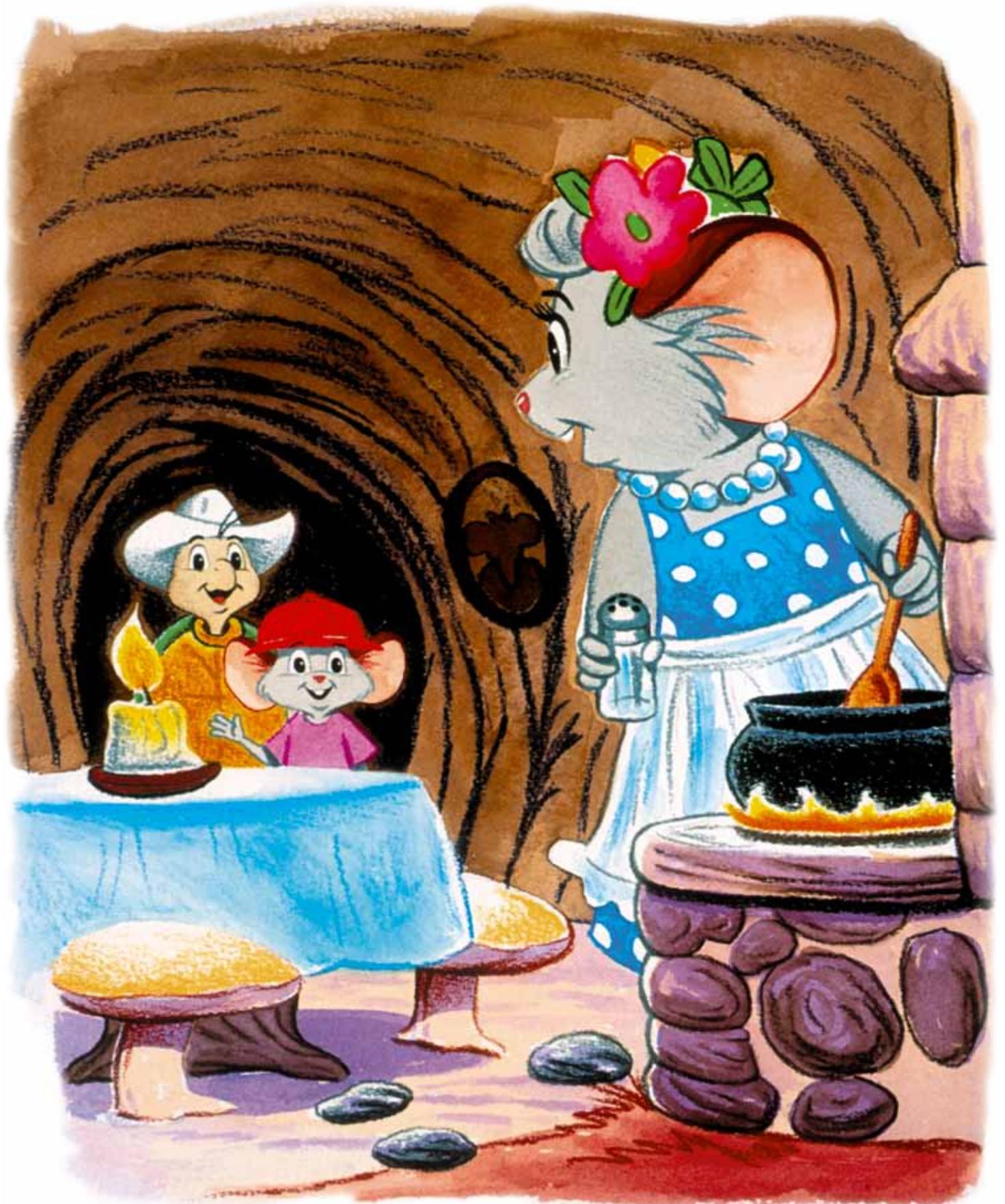
Aviadora sonrió.

—¡Gracias! Eres muy amable. ¿Quién iba a pensar que haría dos nuevos amigos en una salida de rutina para recolectar néctar?



—Uy —exclamó Carrerín, llevándose la mano a la frente—. ¡Mi mamá nos está esperando! ¡Tenemos que darnos prisa! Disculpa que no podamos quedarnos un rato más. Veámonos otro día.

—Me encantaría —dijo Aviadora levantando el vuelo—. ¡Hasta la vista!



—Buenos días —los saludó Mamá Ratona cuando llegaron—. Estaba empezando a preocuparme.

—Es que conocimos a Aviadora, una abeja, y nos hicimos amigos —le explicó Carrerín.

—¿De veras? —preguntó la mamá—. Pensaba que las abejas te daban miedo.

—Al principio Aviadora me asustó, pero creo que vamos a ser buenos amigos.



—Es distinta de nosotros —dijo Pasolento con una risita—, pero me cae bien. Mamá Ratona sonrió pensativa.

—¡Me alegro mucho de que sea así! —exclamó—. Dios nos hizo a todos diferentes, y cada uno tiene algo único que aportar a los demás.